



### Platicábulo



Hacia mucho tiempo que la tertulia filosófica de los viernes no se enzarzaba en una discusión tan acalorada en su desarrollo y tan colorida en su lenguaje. La razón, al menos la razón aparente, era que los apasionados contertulios no lograban ponerse de acuerdo en un nuevo nombre para rebautizar su ya legendaria “Hermandad de Disquisición Filosófica sin Fronteras”, como pomposamente llamaban a su concurrida tertulia semanal.

La tensión aumentó varios puntos justo cuando Don Pero Grullo, uno de los contertulios fundadores, filósofo práctico y folclórico, si es que los hay, dijo sin un propósito aparente, y con un asomo de lógica práctica en su discurso:

– ‘Pos yo digo que meollo es lo que está en el medio, y de allí p’al real’. Es evidente que lo que Don Pero quiso decir es que no hay porque andarle buscando cinco patas al gato, si ya sabemos que tiene cuatro, y que allí están p’al que quiera comprobarlo; ‘aceptarlo y santas pascuas es la única vía hacia la paz, vamos’. Se refería al nombre actual de la tertulia, como idóneo para el propósito a que había sido ceremoniosamente destinado en su momento.

Esta aseveración, tan radical y concluyente, trivialización inocente de un concepto aparentemente sin importancia, pero abusivo en su radical rotundidad, resultó blasfemo para Gibril Tarik, cuya visión del mundo transcurre en unos límites más bien austeros, igual de encarrilados y estrechos que los de Don Pero, pero mucho más estrictos y fundamentales.

– ‘Alá es el meollo, y aquí no hay nada que discutir’ dijo Gibril, con finalidad tan lapidaria que aparentemente no dejaba resquicio para la disensión.

– ‘Yaveh hizo el meollo’ saltó sin demora Ezra Levi, picado en el sancta sanctorum de su orgullo por la referencia de un representante del credo rival al supremo hacedor del universo.

– ‘No existe el meollo’ aseveró melancólico Gautama Patel, ‘es el todo el que gobierna al individuo, y es obligación del Yó ponerse en sintonía con la vibración cósmica del todo natural’.

Las intervenciones siguieron copiosamente en este tenor por un buen rato, manteniendo invariablemente posiciones no muy concordantes, por lo que no se barruntaba posibilidad de arreglo, hasta que ¡por fin! Don Aristóbulo Sacapunta, heredero de una ilustre estirpe de filósofos arrabaleros, tomó solemnemente la palestra y se apropió de la palabra; y, de allí en adelante, tomó también el poco control que la ebulliente situación consentía.

– ‘Ya que el meollo es causante de todo este lío’, dijo solemne con su voz de barítono acatarrado, ‘busquemos el meollo, aceptemos el meollo, porque es precisamente “el meollo” el nombre que yo propongo a la consideración de todos para nuestro amado platicábulo’. ‘Votemos pues, con sapiencia democrática y conciencia del sagrado deber que la amistad impone, con un sí o un nó, para el mejor nombre de este memoratísimo cónclave’.

Y así fue como terminó una de las reuniones más memorables y productivas de que se tenga noticia, sin incidentes de sangre, aunque con uno que otro chichón moral, en el bautizo y un enjundioso brindis, con una copa de horchata porque el alcohol está vedado, del ilustre “Platicábulo El Meollo”, con reuniones formales cada tardeada de viernes en la “Cantina de los Retablos”, allá por el barrio viejo de San Carmelo Penitente.

*Jacobus Parvus*